

aquel laberinto de callejuelas. Había batallas á cada puerta: los menores obstáculos se defendían y se tomaban á la bayoneta con un encarnizamiento terrible. Luego desembocaron en el camino del fondo del Givonne, cerca de Sedan.

Por última vez, Juan levanto la vista: miró hácia el Oeste por donde subía un gran fulgor rosáceo; suspiró con tranquilidad.

—¡Ah ese canalla de sol ahora desaparece!

Los tres corrían, corrían sin tomar aliento. Alredor suyo, la cola de los que huían seguía llenando el camino, aumentando sin cesar como un torrente desbordado. Cuando llegaron á la puerta de Balan, tuvieron que aguardar entre apretones y empujones. Las cadenas del puente levadizo se habían roto y no quedaba más sitio que el pasadizo para peatones, de modo que los cañones y caballos no pudieron entrar. En la puerta del Castillo y en la de la Cassine, el tumulto y la confusión eran aún mayores. Era una precipitación loca, un pánico horrible, un atropello inaudito, todos los restos del ejército rodando por las pendientes, viniendo en tropel á Sedan, á caer allí con un ruido de esclusa rota como en el fondo de una alcantarilla. La atracción funesta de aquellas murallas acabó por pervertir á los más valientes.

Mauricio había cogido á Enriqueta en brazos, y estremeciéndose de impaciencia, la dijo:

—No irán á cerrar la puerta antes de que todo el mundo haya entrado.

Tal era el temor del gentío. A derecha é izquierda los soldados acampaban en los declives de los fosos, mientras que habían ido á parar á los mismos fosos infinidad de cañones, cajones y carros.

Las cornetas se dejaron oír con el toque de retirada. Llamaban á los soldados desperdigados. Algunos llegaban á la carreta, se oían aquí y allá algunos tiros, cada vez más raros; sobre el parapeto de

las murallas quedaron algunos destacamentos para defender la ciudad y por fin se cerró la puerta. Los prusianos estaban á unos cien metros. Los veían ir y venir tranquilamente sobre el camino de Balan, ocupando las casas y los jardines.

Mauricio y Juan, llevando por delante á Enriqueta para protegerla, habían entrado en Sedan. Daban las seis de la tarde. Desde las cinco habla cesado el cañoneo. Poco á poco los disparos aislados fueron cesando también. Entonces, del estrépito ensordecedor del tronar que repercutía desde por la mañana, no quedó más que un silencio de muerte. Anocheceía y las lúgubres sombras caían en un espantoso silencio.

VIII

A las cinco y media próximamente, antes del cierre de puertas, Delaherche había vuelto á la subprefectura, deseando averiguar qué consecuencias iban á desprenderse de aquella batalla que sabía estaba perdida. Estuvo allí cerca de tres horas, paseando por el patio, vigilando, interrogando á los oficiales que pasaban; y así fué sabiendo rápidamente los sucesos. La dimisión enviada y después retirada por el general Wimpffen, los plenos poderes que había recibido del emperador, para ir á obtener del gran cuartel general prusiano, en favor del ejército vencido, las condiciones menos onerosas y por último la reunión de un consejo de guerra para saber si se podía continuar la lucha, defendiendo la fortaleza. Mientras se celebraba el consejo en el que tomaron parte unos veinte oficiales superiores y que le pareció duraba un siglo, el fabricante de paños subió unas veinte veces la escalara. Y bruscamente, á las ocho y cuarto vió bajar al general Wimpffen, muy encarnado, los ojos hinchados, seguido de un coronel y de dos generales. Montaron á caballo y se

fueron por el puente del Meuse. Era la capitulación aceptada, inevitable.

Delaherche, tranquilizado, se acordó entonces de que tenía hambre, y resolvió volverse á su casa. Pero en cuanto se encontró fuera, se quedó dudando, ante los obstáculos que habían ido acumulándose en las calles con tanta gente. Las calles y plazas estaban atestadas de gente, llenas hasta tal punto de hombres caballos y cañones, que aquella masa compacta parecía haber entrado allí á viva fuerza, como á martillazos. Mientras que sobre la muralla acampaban los regimientos que se habían replegado en orden, los restos esparcidos de todos los cuerpos, los que habían huido, de todas armas, una turba suelta había asaltado á la ciudad, apoderándose de sus calles, una oleada enorme, espesa, inmovilizada, que no dejaba mover brazos ni piernas. Las ruedas de los cañones, de los carros, innumerables coches estaban atascadas, empotradas, los caballos, hostigados, no tenían sitio para avanzar ni retroceder. Y los hombres, haciendo caso omiso de las amenazas, invadían las casas, devoraban lo que encontraban, se acostaban donde podían, en los cuartos, en las cuevas. Muchos habían caído en los marcos de las puertas y cerraban el paso. Otros, sin tener fuerzas para ir más lejos, se tumbaban en las aceras, dormían allí pesadamente, no levantándose aunque los pisoteaban, prefiriendo que los aplastaran á moverse de sitio.

Entonces Delaherche comprendió la necesidad imperiosa de la capitulación. En algunos barrios, los cajones de municiones se tocaban, una sola granada que hubiese caído encima, los hubiese hecho estallar y Sedan entero hubiera ardió como una antorcha. Además, ¿que podía hacerse de aquella masa de desgraciados soldados, muertos de hambre y de cansacio, sin cartuchos ni víveres? Nada más que para despejar las calles hubiera hecho falta un

dia. La fortaleza no estaba artillada, la ciudad no estaba aprovisionada. En el consejo eran las razones que habían expuesto los más prudentes, los que conservaban bastante sangre fría para darse cuenta de la situación, en medio de los que no sufría su patriotismo; y los oficiales más temerarios, los que se estremecían de vergüenza al decir que un ejército no podía rendirse así, habían tenido que bajar la cabeza, sin encontrar medios prácticos para comenzar de nuevo la lucha, al día siguiente.

En las plazas de Turenne y del Rivage, Delaherche logró con muchas dificultades abrirse paso: al pasar delante del hotel de la *Cruz de Oro*, tuvo la visión triste del comedor, donde estaban sentados varios generales, ante un mesa vacía. No quedaba nada, ni aun pan. Sin embargo el general Bourgain-Desfeuilles, que gruñía en la cocina, había debido encontrar algo, pues se calló y subió las escaleras llevando en la mano un papel grasiento. Había tal gentío en aquella plaza, mirando por las ventanas aquella mesa redonda, lúgubre, barrida por el hambre, que el fabricante tuvo que sudar mucho para pasar, perdiendo á veces de una oleada el terreno que había ganado. Pero en la calle Mayor, la muralla se hizo infranqueable y se desesperó unos momentos. Todas las piezas de una batería parecían haberse echado allí unas sobre otras. Se decidió á saltar por encima de los cañones, por encima de las ruedas, exponiéndose á romperse las piernas. Después fueron los caballos los que le cerraron el camino; se resignó, se bajó, desfilando por entre los pies, por debajo de los vientres de aquellos desgraciados animales medio muertos de inanición. Después de un cuarto de hora de esfuerzos, al llegar á la altura de la calle de Saint Michel, los obstáculos crecientes le asustaron. Tuvo la idea de pasar por aquella calle para dar la vuelta á la de *Laboueurs*, creyendo que en esas vías apartadas había menos

dificultades. Por desgracia, existía allí una casa mal afamada y la sitiaban unos soldados borrachos; temiendo ser atropellado, retrocedió. Entonces continuó por la calle Mayor haciendo equilibrios sobre los coches y furgones. En la plaza del Colegio le llevaron suspendido unos treinta pasos. Cayó, estuvo á punto de romperse alguna costilla y debió su salvación á los hierros de una verja. Y cuando alcanzó, por último, la calle Maqua, sudando, destrozado, llevaba una hora para recorrer un camino en el que de ordinario tardaba cinco minutos.

El médico Bouroche, queriendo impedir invadieran los soldados el jardín de la ambulancia, había colocado dos centinelas en la puerta y á Delaherche se le quitó un peso de encima, pues durante el trayecto había estado pensando en la posibilidad de un saqueo. En el jardín, al ver la ambulancia, apenas alumbrada por algunos faroles, y de donde salía un mal aliento de fiebre, tuvo náuseas. Tropezó con un soldado que dormía en el suelo, y recordó que el tesoro del 7.º cuerpo, que custodiaba aquel hombre, estaba allí y el centinela, olvidado de sus jefes, había caído rendido. La casa parecía estar vacía, muy oscura de abajo arriba, con las puertas abiertas. Las criadas debían haberse quedado en la ambulancia, porque no había nadie á la cocina, donde alumbraba una lamparilla muy triste. Encendió una vela, subió despacio la escalera, para no despertar á su madre ni á su mujer, á las que había suplicado se acostaran después de una jornada tan dura y de tantas emociones.

Pero al entrar en su gabinete, se sobrecogió. Un soldado estaba allí echado sobre el mismo sofá en el que había descansado el capitán Beaudoin la víspera y no comprendió lo que aquello significaba hasta que reconoció á Mauricio, el hermano de Enriqueta. Además vió allí, echado en el suelo, á otro soldado, á Juan, á quien había visto antes de em-

pezar la batalla. Los dos parecían cadáveres. No se detuvo, fué hasta el cuarto de su mujer que estaba muy cerca de allí. Una lámpara ardía sobre un velador, en medio del profundo silencio, y Gilberta se había echado vestida sobre la cama, temiendo sin duda alguna catástrofe. Dormía tranquila, mientras que, cerca de ella, Enriqueta adormecida, agitada por pesadillas, con lágrimas en los ojos, se estremecía; las miró un momento, quiso despertar á Enriqueta para averiguar algo. ¿Habría ido á Bazailles? ¿Tal vez pudiera saber algo de su tintorería? Pero se apiadó, se retiraba, cuando su madre se presentó y le indicó la siguiera.

Al atravesar el comedor manifestó su extrañeza de verla levantada.

—¿Porqué no se ha acostado usted?

—No puedo dormir,—contestó en voz baja;—me he sentado en una butaca cerca del coronel... Tiene mucha fiebre y se despierta á cada momento preguntándome algo.... Yo no sé que contestarle. Entra y le verás.

El señor Vineuil se había vuelto á dormir. Apenas se distinguía sobre la almohada su cabeza roja de fiebre, que sus bigotes blancos hacían resaltar. La señora Delaherche había colocado un periódico delante de la lámpara y todo aquel rincón del cuarto estaba oscuro, mientras que la claridad de la luz caía sobre ella, sentada en una butaca, con las manos sueltas, los ojos extraviados, como en un sueño trágico.

—Aguarda, creo que te ha oído; ya se despierta.

En efecto, el coronel abrió los ojos; los fijaba sobre Delaherche sin mover la cabeza. Le reconoció, preguntó con voz que la fiebre hacía temblar:

—¿Se acabó, no es verdad? capitulan. .

El fabricante, cuyas miradas se cruzaron con las de su madre, estuvo á punto de mentir. ¿Pero para qué?

—¿Qué quiere usted que hagan? ¡Si pudiera usted ver como están las calles!... El general Wimpffen ha ido al gran cuartel general prusiano para tratar de las condiciones.

Los ojos del coronel volvieron á cerrarse, mientras que de sus labios se escapaba este lamento:

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!

Y sin abrir los párpados, continuó con voz entrecortada:

—Lo que yo quería debían haberlo hecho ayer... Sí; yo conocía el país, he dado cuenta de mis temores al general; pero no le escuchaban siquiera... Allá arriba, por encima de Saint Menges hasta Fleigneux, todas las alturas ocupadas, el ejército dominando á Sedan, dueño del desfiladero de Saint Albert... Aguardamos allí; nuestras posiciones son inexpugnables, el camino de Mezieres queda abierto...

Sus frases se atragantaban; balbuceó aún algunas palabras ininteligibles mientras que la visión de la batalla, nacida de la fiebre, se desvanecía poco á poco en el sueño. Dormía; tal vez continuaba soñando con la victoria.

—Y el médico ¿responde de él?—preguntó Delaherche en voz baja.

La señora Delaherche hizo una señal afirmativa.

—No importa, esas heridas del pie son muy malas. ¿Tendrá que estar en cama mucho tiempo?

Esta vez la señora Delaherche no contestó, como si estuviera pensando en la inmensidad del desastre. Era de otra época, pertenecía á esa antigua y fuerte burguesía de las fronteras, tan ardiente y entusiasta en la defensa de las ciudades. Con la viva claridad de la lámpara, su serena fisonomía, de nariz seca, de labios delgados, daba á conocer su cólera y su dolor, todo lo que en ella se sublevaba y la impedía dormir.

Entonces, Delaherche se sintió aislado, y se apo-

deró de él una gran tristeza. El hambre volvía á mortificarle y creyó que la debilidad era la que le quitaba el valor. Andando muy despacio, salió del cuarto, bajó á la cocina con la vela. Pero encontró allí más tristeza; los fuegos estaban apagados, los armarios vacíos, los trapos andaban por el suelo en desorden, como si el viento del desastre hubiese pasado también por allí, llevándose toda la viva alegría de lo que se come y se bebe. Primero creyó no encontrar nada, pues los restos del pan habían ido á parar á la ambulancia para hacer la sopa. Después halló en un armario un plato de judías de la víspera, olvidadas. Las comió sin pan, de pie, no atreviéndose á subir al comedor, dándose prisa en aquella cocina triste que un quinqué envenenaba con el olor del petróleo.

Eran más de las diez y Delaherche permaneció sin saber que hacer, aguardando para saber si se firmaría la capitulación. Estaba muy preocupado con el temor de que volviera á empezar la lucha, pensando en las terribles escenas que podían ocurrir, cuyo recuerdo le ahogaba. Cuando subió á su gabinete donde Juan y Mauricio continuaban sin haberse movido, y trató de dormirse en una butaca, no pudo conciliar el sueño, los ruidos de los disparos le hacían saltar, cuando estaba á punto de quedarse dormido. Era el tremendo cañoneo de todo aquel día que se había quedado en sus oídos; y escuchaba un momento, asustado, con el imponente silencio que ahora reinaba. No pudiendo dormir, prefirió levantarse y andar por las habitaciones oscuras, evitando entrar en el cuarto en que se hallaba su madre velando al coronel, porque las miradas de ésta acababan por molestarle. Dos veces volvió al lado de Enriqueta para saber si se había despertado, se detuvo ante su mujer, contemplando su plácido semblante. Hasta las dos de la madru-

da, no sabiendo que hacer, subió, bajó, cambió de sitio.

Esto no podía durar. Delaherche quiso volver á la subprefectura, sabiendo que no podía descansar, mientras no conociera lo que iba á suceder. Pero al llegar abajo, ante la calle obstruida, se apoderó de él la desesperación: nunca tendría la fuerza necesaria para ir y volver entre tantos obstáculos, cuyo recuerdo le asustaba. Y dudaba, cuando vio llegar á Bouroche.

—¡No hay quien resista esto! ¡Es cosa de reventar!

Había tenido que ir al Ayuntamiento para suplicar al alcalde embargara el cloroformo que había en las farmacias y que se lo enviara á la amanecer, porque había agotado todo el que tenía, y como era preciso continuar haciendo operaciones urgentes, temía verse obligado á cortar piernas y brazos sin adormecer á los pacientes.

—¿Y qué hay?—preguntó Delaherche.

—¡Pues no saben siquiera si los farmacéuticos tienen aún cloroformo!

Pero al fabricante le importaba un bledo el cloroformo. Continuó:

—No, no es eso... ¿Han acabado allá? ¿se ha firmado la capitulación?

Bouroche se indignó.

—¡No han hecho nada! Wimpffen acaba de regresar... Según parece esos bestias tienen tales exigencias que sería mejor abofetearlos... ¡Mejor es volver á empezar á ver si reventamos todos!

Delaherche escuchaba palideciendo.

—Me lo han dicho esos señores del Ayuntamiento, que están allí en sesión permanente... Un oficial de la subprefectura había ido á decirselo.

Añadió algunos detalles. La entrevista se había verificado en el palacio de Bellevue, entre el general Wimpffen, el general Moltke, y Bismarck ¡Vaya

un hombre terrible seco y duro, con su cara pálida de químico matemático, que ganaba las batallas desde la mesa de su despacho, á golpes de álgebra! En seguida quiso demostrar que conocía la situación desesperada del ejército francés; sin víveres, sin municiones, la desmoralización y el desorden, la imposibilidad absoluta de romper el círculo de hierro en el que se encontraba encerrado. Mientras que los ejércitos alemanes ocupaban las más fuertes posiciones, podían quemar la ciudad en dos horas. Friamente dictaba su voluntad: el ejército francés entero prisionero, con armas y bagajes.

Bismarck le apoyaba tranquilamente, con aquel aire de perro dogo bueno. Y desde el primer momento el general Wimpffen había tratado de rechazar esas condiciones, las más duras que se hubiesen impuesto á un ejército vencido. Había señalado su desgracia, el heroísmo de los soldados, el peligro de excitar á un pueblo orgulloso; durante tres horas había amenazado, suplicado, hablado con elocuencia, desesperada y magnífica, pidiendo que se permitiera á los vencidos internarse en el mediodía de Francia, en la Argelia misma; y la única concesión que había obtenido, era la de que aquellos oficiales que se comprometieran por escrito y bajo palabra de honor á no volver á tomar las armas, podrían regresar á sus hogares. Por último, el armisticio se prolongaría hasta el día siguiente á las diez de la mañana. Si á aquella hora no se habían aceptado las condiciones, las baterías prusianas comenzarían á disparar sobre la ciudad y esta quedaría destruída en dos horas.

—¡Eso es estúpido!—dijo Delaherche; ¡no se destruye una ciudad que nada ha hecho para eso!

El médico acabó por sacarle de juicio, al añadir que unos oficiales, con los que había hablado en el hotel de Europa, trataban de hacer una salida en masa antes del día. Desde que eran conocidas las

exigencias de los alemanes, reinaba una gran excitación y se anunciaban los más disparatados proyectos. El pensamiento mismo de que aquella salida aprovechando las tinieblas, no sería leal, no detenía á nadie y se formaban planes locos, la marcha sobre Carignan, á través de los bávaros, gracias á la oscuridad de la noche, la meseta de Illy conquistada de nuevo por sorpresa, el camino de Mezieres libre y hasta un empuje irresistible para llegar á Bélgica de un salto. Otros, en realidad, nada decían, comprendían la fatalidad del desastre, lo hubieran aceptado todo, firmado todo, para acabar de una vez.

— ¡Buenas noches! terminó diciendo Bourroche. Voy á ver si duermo un par de horas, pues bien lo necesito.

Al quedarse solo Delaherche, estaba sofocado. ¿Qué, era verdad? ¿iban á volver á empezar á batirse, á incendiar, á destruir á Sedan? Eso era inevitable, ese horrible trance sucedería forzosamente desde el momento en que amaneciera, en cuanto el sol se alzara en el espacio para alumbrar la matanza. Y maquinalmente, subió las escaleras de las bohardillas, se encontró entre las chimeneas, en el parapeto de la terraza, que dominaba la ciudad. Pero á esa hora estaba allá arriba envuelto entre tinieblas, en un océano infinito de grandes olas sombrías, donde al pronto no pudo distinguir nada. Después fueron destacándose los edificios de la fábrica debajo de él, con sus masas confusas que iba reconociendo: el cuarto de las máquinas, las salas de los telares, los secaderos, los almacenes; y aquella vista, aquel enorme conjunto de edificios que constituían su orgullo y su riqueza, le conmovieron de piedra hacia sí mismo, cuando pensó que dentro de algunas horas sólo quedarían cenizas de todo aquello. Sus miradas subieron hacia el horizonte, dieron la vuelta á toda aquella inmensidad negra

donde dormía la amenaza del siguiente día. Al Sur, del lado de Bazeilles, revoloteaban algunas llamas por encima de las casas que caían hechas ascuas, mientras que al Norte, la casería del bosque del Garenne, incendiada al anochecer, continuaba ardiendo, ensangrentando los árboles con una claridad rojiza.

No se veían otros fuegos, nada más que esas dos hogueras, un insondable abismo que atravesaban los rumores exparcidos, extraviados. Allá, tal vez muy lejos, tal vez sobre las murallas, alguien lloraba. En vano intentaba rasgar el velo, ver el Liry, la Martéé, las baterías de Frénois y de Wadelincourt, aquella cintura de animales de bronce que sentía, estaban allí con la boca abierta. Y como dirigiese sus miradas hacia la ciudad, alrededor de sí sintió el soplo de angustia. No era solo el sueño horrendo de los soldados caídos en las calles, el sordo crujido de ese montón de hombres, de animales y de cañones. Lo que creía percibir era el sueño agitado del vecindario, de sus convecinos, que tampoco podían dormir, sacudidos por la fiebre, en la espera horrenda del nuevo día. Todos debían saber que no se había firmado la capitulación; todos contaban las horas y temblaban al pensar que si no se firmaba no tendrían más remedio que bajar á las cuevas, para morir allí aplastados entre los escombros. Le pareció que una voz extraviada subía de la calle des Voyards, gritando «¡Al asesino!» en medio de un chocar de armas. Se inclinó y se quedó en la noche inmensa, perdido entre el cielo de bruma, sin una estrella, envuelto en tal escalofrío de terror, que todo el pelo de su cuerpo se ponía de punta.

Abajo, sobre el sofá, Mauricio se despertó al amanecer. Con el cuerpo dolorido, no se movió, los ojos fijos en los cristales que iban palideciendo con el